

tución que el voto de los cupos de las quintas, como el de los impuestos, pertenecía al cuerpo legislativo. Mas, ¿cómo reunir esta Asamblea en tal momento?

La opinión estaba inquieta y descontenta, una crisis financiera de las más graves, determinada por la enormidad de los gastos de la guerra principiaba á declararse, París murmuraba en alta voz y denunciaba la locura ambiciosa que acababa de armar á toda Europa contra Francia; iba, pues, á ser necesario entrar en explicaciones, escuchar opiniones, y tal vez ¡hasta críticas! Será necesario confesar, en fin, la existencia de esa coalición tantas veces negada por los imprudentes mentís del *Moniteur*. Será necesario reconocer ó que se era ciego ó que se había engañado conscientemente á Francia.

Napoleon tuvo buen cuidado en no colocarse en una tal alternativa; conocía bastante á los franceses para saber que si era absuelto por la victoria no tendría necesidad de otra justificación, y esta victoria tenía la seguridad de alcanzarla, gracias al éxito de sus disimulos, á la aturrida precipitación de sus enemigos, y á la superioridad aplastadora de sus fuerzas. No vaciló, pues, en violar una vez más esta constitución que no había sido jamás que una palabra y el Senado se apresuró á legalizar esta violación, salvo hacerle de ello un crimen el día de las desgracias.

Esas medidas, que fueron siempre á sus ojos las más esenciales, una vez tomadas, distribuyó sus papeles á aquellos á quienes quería encargar del gobierno durante su ausencia.

José, el gran elector, tuvo la presidencia del Senado y los honores del poder, pero Cambaceres la tuvo en realidad, por lo menos en todo lo que Napoleon podía dejárselo al alejarse. Quedó encargado de presidir el Consejo de Estado y de reunir en su casa á los ministros por lo menos una vez por semana, pero éstos debían estar todos en correspondencia directa con Napoleon para todo lo relativo á su departamento. El ministro de Policía recibió orden de escribirle todos los días,—23 de Setiembre de 1805,—ese ministro era, en efecto, su gran resort de gobernación del Estado. Napoleon fué luego á despedirse del Senado: «Parto, le dijo, para ir á socorrer á mis aliados; hace pocos días aún esperaba que la paz no se alteraría; pero mis esperanzas se han desvanecido. Es en este instante, añadía, cuando se ha desvelado la maldad de los enemigos del continente. Tenían la manifestación de mi profundo amor por la paz; temían que Austria á la vista del abismo que habían abierto á sus pasos no volviera á sentimientos de justicia y de

moderación; por esto la han precipitado á la guerra. Duéleme la sangre que esto va á costar á Europa; pero el nombre francés adquirirá un nuevo lustre.»

Mientras de esta suerte se lamentaba de tan cruel desdicha, sus cuerpos de ejército, proseguían su marcha invisible, franqueaban el Rhin en Maguncia, Spira y Manheim, y avanzaban por el corazón de Alemania. Iban á dar la mano á Bernadotte que había ya llegado á Wurtzburg, en donde se había retirado el elector de Baviera con sus 25.000 hombres amenazado por Austria. En efecto, los austriacos aburridos por las tergiversaciones de ese príncipe habían pasado el Inn el 7 de Setiembre, y fueron á ocupar Ulm el 18. Fué en este momento cuando Napoleon, al corriente de lo que pasaba por una carta de Murat, concibió la idea de coparlos en Suabia; cortando sus comunicaciones con Austria, por medio de una maniobra de todo punto parecida á la realizada en Marengo, pero mucho más segura en razón de la inmensa superioridad de sus fuerzas sobre las de Mack.

Dispuso al efecto las posiciones que debían ocupar en el Danubio los cuerpos de ejército que iban llegando al Rhin. Llevólos á Donauwerth, Ingolstadt y Ratisbona, con lo que se hizo dueño del río, y esto conseguido, sólo necesitaba de algunas jornadas de marcha para cortar á Mack todas sus comunicaciones con Viena, pudiendo embestirle enteramente antes de que llegara el ejército ruso que apenas acababa de ponerse en movimiento.

Temía que Mack no llegara á conocer con tiempo el secreto de su hábil y simple maniobra, pero para ocultarla le sirvió admirablemente la dispersión de su ejército, tanto como el misterio que cubría su marcha y la loca confianza de su adversario. Entretuvo también hábilmente el error del estado mayor austriaco haciendo que Murat se presentase con su caballería delante de los principales desfiladeros de la Selva Negra, como si estuviera resuelto á hundirse en ella, según la rutina de las primeras guerras de Francia en Alemania. Él por su parte procuró mantenerse en Strasburg hasta el último momento, como si quisiera atacar á su enemigo de frente en vez de atacarle por sus espaldas. De Strasburg lanzó su proclama á los soldados con que debía abrir esta gloriosa campaña. Abstúvose esta vez de las ampulosas declamaciones que no faltaban en sus arengas militares, contentándose con indicar con algunas palabras enérgicas el fin de sus esfuerzos. «No nos detendremos, les dijo, hasta que no hayamos asegurado la independencia del cuerpo germánico, socorrido á nuestros aliados,

y confundido el orgullo de agresores injustos. Nuestra generosidad no engañará más nuestra política. ¡Soldados! ¡vuestro emperador está en medio de vosotros! ¡No sois más que la vanguardia del gran pueblo!»

Napoleon era ya para Francia un déspota temido, una majestad, una especie de soberano del antiguo régimen; para sus soldados continuaba siendo el Bonaparte del ejército de Italia. En él encontraban con voluptuosidad el lenguaje y los aires familiares de su antiguo general. Eran soldados, pero soldados que recordaban haber sido ciudadanos; servían su despotismo, pero habían sido formados por la libertad, á pesar de todo eran los hijos de la Revolución.

Napoleon mejor que su señor era su favorito; era su obra; á sus ojos no era un soberano, sino una especie de tribuno militar; los trataba como iguales, los asociaba á sus pensamientos; algunas veces como en Austerlitz, les exponía por adelantado su plan de batalla como hubiera podido hacerlo delante de un Consejo de guerra; en suma, compartía con ellos su poder. Los jefes del ejército se mostraban humildes y sumisos; los soldados eran aún sus compañeros mejor que sus servidores: de aquí su entusiasmo por él, y su incalculable superioridad sobre las máquinas vivientes disciplinadas bajo el palo austriaco. Pero si se habían convertido en incomparables instrumentos de conquista, cuanto, sin embargo, no habían degenerado bajo otros aspectos; ¡cuán lejos no estaban de aquel espíritu generoso y desinteresado de los antiguos ejércitos republicanos! Tal cual era entonces el gran ejército gracias á los sentimientos que en él había despertado Napoleon, venía á ser incompatible con el sostenimiento de un sistema legal y pacífico en Francia; necesitaba no solo honores, sino riquezas y grandes empresas para ocupar su actividad, y pueblos que explotar para satisfacer su avidez. Prometían al soldado su parte en el botín, acostumbrábaseles á que se la hicieran por sí mismos diciéndoles á todas horas que la guerra debía alimentar la guerra, obligándoles á no vivir más que de requisiciones y del pillaje no solo en país enemigo sino que aún á menudo en el mismo territorio patrio.

Si se le ocurría al príncipe Eugenio no querer que sus súbditos de Italia sufrieran tan duras exigencias. Napoleon se burlaba de sus escrúpulos y le intimaba la orden de que procediera por vía de requisición: —«Yo lo hago en Alsacia, le escribía el 22 de Setiembre de 1803, los precios son tan elevados que no es posible pensar en pagar.... No

creáis que esas medidas desagraden al país; se grita pero no se pone atención á lo que se dice.... maravillóme de que vuestro ministro de la Guerra no os ilustre, el que ha hecho durante tanto tiempo la guerra con nosotros. Si sucedía que el mariscal Bernadotte pagaba al contado lo que se llevaba de un país neutral que atravesaba sin ninguna clase de derecho, Napoleon le reprimía, olvidando que él mismo le había recomendado tales miramientos: «Habéis echado á perder un poco al elector de Hessel-Cassel, si es verdad que le habéis pagado al contado. Si lo hubiese previsto, os habría hecho decir que le pagarais en bonos.» —2 de Octubre de 1805.

Pagar con bonos era entonces una elocución proverbial que significaba: no pagar. Esos procedimientos desarrollaban de una manera desmesurada en el ejército el espíritu de rapiña y de cupidez, y Napoleon lo alentaba aún más abiertamente en los jefes, salvo castigarles con las más injuriosas imputaciones cuando llegaba á suceder que iban más allá de lo que convenía. ¿No era un hecho nuevo y significativo ofrecer en el momento mismo en que iba á abrirse una campaña, á un general en jefe tal como Massena un presente de 50.000 francos «como testimonio de estima?» Cualquiera que fuera aún su inteligencia y su energía, un ejército cerca del cual se empleaban tales móviles no podía dejar de entrar tarde ó temprano en esta última especie de virtud que se llama la virtud militar.

Habían ya los siete cuerpos de ejército de Napoleon casi acabado su movimiento, y Mack continuaba como siempre inmóvil en Ulm, sin que pareciera haber comprendido su objeto. Continuaba Mack imperturbablemente dando frente á la Selva Negra guardando el Iller de Ulm á Memmingen. Cuando supo que habían aparecido algunos destacamentos franceses en Baviera envió á su segundo Kienmayer á Donauwerth con ocho ó diez mil hombres para guardar á la vez los puentes del Danubio y los de su afluente el Lech, que no eran para él menos importantes. Pero su confianza permaneció inquebrantable hasta el día 6 de Octubre en que la vanguardia de Sault desembocó en la llanura de Nordlingen y se presentó á la vista de Donauwerth, seguido muy pronto de los cuerpos de tropas de los mariscales Ney, Lannes, y la caballería de Murat. Esta caballería formaba por sí sola un cuerpo separado de cerca 12.000 hombres, y estaba destinada á desempeñar el primer papel en una campaña en la que la rapidez de los movimientos era todo, habiendo anunciado Napoleon por adelantado «que contaba

hacer esta guerra con las piernas de sus soldados mejor aún que con sus brazos.»

Kienmayer no estaba en estado de defender el Danubio y el Lech contra tales fuerzas; con éxito hubiera podido hacerlo en un solo punto pero aún así y todo hubiera sido desbordado por los cuerpos de Davout que marchaba á Neuburg, por Marmont y Bernadotte que avanzaban contra Igolstadt. Todo lo que pudo hacer, fué retirarse precipitadamente sobre Munich después de una débil tentativa para

disputar los puentes del Danubio en Donauwerth, y el de Lech en Bain.

Las tropas francesas inundaron inmediatamente la orilla derecha del Danubio, y desde este primer momento la suerte de Mack se hizo de las más críticas. Pero tan poco comprendía este su posición, que el 8 de Octubre, en tanto se le iban cerrando delante de él todas las salidas, escribía «que jamás ejército alguno había estado en posición de una manera más propia para asegurar su superioridad.»



MARISCAL DAVOUT

Soult fuese á ocupar Augsburg; Bernadotte y el cuerpo bávaro de Wrede fueron enviados de Igolstadt á Munich para restablecer el elector y hacer cara á todo ejército austriaco ó ruso que quisiera socorrer á Ulm; Ney continuó en la orilla izquierda; tuvo que remontarla hasta la altura de Gunzburg, punto esencial para el asedio de Ulm, y al cual fueron también dirigidos por la orilla derecha los cuerpos de Lannes y Murat. Al operar estos últimos su movimiento encontraron el 8 de Octubre, en Wertingen, un cuerpo de cerca 12.000 hombres que Mack enviaba bien tardíamente á sostener á Kienmayer. Atacado enérgicamente por la caballería de Murat, y envuelto por fuerzas superiores, apenas pudo ponerse en salvo abandonando dos mil prisioneros.

Ese pequeño combate fué el primer hecho de armas de la campaña, y Mack y el archiduque Fernando que dividía con él el mando del ejército de Ulm, supieron sólo por los que de él regresaron al ejército su verdadera posición. Eran desde un principio tales las desproporciones de las fuerzas y la desventaja de la situación de los generales austriacos, que para éstos ya no pudo tratarse no de vencer sino de cómo podría escapar. Apenas principia la campaña, su ejército, aunque debilitado por la falta del cuerpo de Kienmayer estaba casi intacto, y despertaba en una posición desesperada, cortado por un enemigo formidable, á consecuencia de movimientos invisibles de los que nada habían entrevisto, ni sospechado, se encontraban en una palabra,

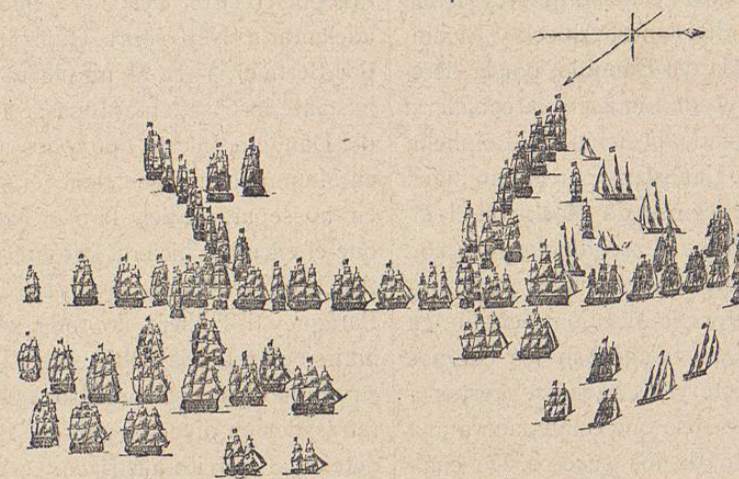
bajo la presión de la más terrible sorpresa militar de que haga mención la historia.

Napoleon había llevado su cuartel general á Donauwerth. Su primer Boletín fechado de Nordlingen á algunas leguas de dicho punto, el día 7 de Octubre, antes del encuentro de Wertingen, terminaba con estas significativas palabras: «el enemigo no tiene tiempo que perder para evitar su completa ruína.»

Durante su paso á través de Alemania había Napoleon visitado á todos los príncipes que de buena ó de mala gana se habían encadenado á su alianza. En Louisburg procuró en particular captarse el espíritu del elector de Wurtemberg hasta entonces vacilante

y hasta quejoso por la poca aprensión con que había tratado el ejército francés su capital y sus Estados. Hízose suyo al príncipe con la perspectiva de las ventajas que le prometía, pero las alianzas que de esta suerte hizo en Alemania tenían más apariencia que solidez, pues tuvieron por efecto hacer sospechosos esos soberanos á sus súbditos, y odiosos al resto de Alemania.

Un hecho de los más graves vino á demostrarle en ese momento mismo hasta qué punto debía contar sobre la longanimidad que prestaba á Prusia. Varios de sus cuerpos para ganar una ó dos etapas en su marcha hacia el Danubio, habían atravesado el marquesado de Anspach, territorio neutralizado



Plan de la batalla de Trafalgar



por Prusia y el cual de otra parte era muy fácil evitar. Advertido por el elector cuando una sola columna había franqueado esta frontera, Napoleon no por ello había menos persistido en comprometer el cuerpo entero de Bernadotte, alegando falsamente «la imposibilidad de hacer otra cosa.»—3 de Octubre de 1805.—Y algunos días después escribía al rey de Prusia para excusar su ignorancia, al dar la orden, de la neutralización del territorio de Anspach, abierto en otro tiempo á los beligerantes; pero el mal efecto estaba ya causado. Esto unido á la violación del territorio de Hesse-Cassel, igualmente neutro, probaba que Napoleon era incapaz de moderar sus hábitos de violencia y de invasión, hasta en las coyunturas en que tenía un interés capital en no hacerlo. Sus excusas fueron mal recibidas en Berlín, pues era imposible creerlas sinceras. Hardenberg, al responder á la carta de Napoleon, afirmó positivamente que él le había señalado con el dedo en un mapa á Duroc y á Laforest, el territorio neutralizado. Ese suceso vino muy á propósito para

los coaligados que habían exasperado al rey de Prusia con sus amenazas con la esperanza de vencer su indecisión. En su irritación contra ellos, había ordenado ese príncipe la movilización de 80.000 hombres para llevarlos al Vístula al frente del ejército ruso de Varsovia, al saber lo ocurrido en Anspach, los dirigió á la frontera del Sud, anunciando altamente que exigiría una satisfacción y aceptando una entrevista con Alejandro.

Conocía sobrado bien Napoleon la política vacilante del rey de Prusia para alarmarse mucho por sus amenazas; exageróse, sin embargo, el alcance de ese golpe teatral sobre cuyo efecto debía contar para enfriar prontamente este ardor belicoso. Cada día le llevaba un nuevo éxito, cada día iba estrechándose al rededor de Ulm la línea que encerraba el ejército austriaco. Ney en su marcha á Ulm por la orilla izquierda había ocupado á Langenau, luego se puso á caballo sobre el río ocupando á Gunzburg, después de un combate de los más brillantes, en el cual pudo reconocer la desmoralización que se